ENRAIZADO E INVISIBLE: LA IMAGEN DE LA RELACIÓN CIUDAD-CAMPO EN LA ANTIGÜEDAD Y EN LAS AMÉRICAS*

*Bainard Cowan***

La compleja imagen de la ciudad que funda tanto a la cultura angloamericana como a la iberoamericana tiene sus raíces en la fuente de Aretusa de Occidente: la antigua Grecia. La estudiosa de los clásicos Annete Giesecke, conocida por sus estudios sobre jardines y jardinería en la antigüedad, publicó un estudio provocativo, *The epic city*, en el que esboza el problema de modo muy adecuado a lo que aquí me concierne. Giesecke plantea que, a partir de Homero, cuando Grecia salía de la pobreza y el nomadismo de su Edad Oscura, el avance hacia una ciudad formada por habitantes que cooperaban mutuamente adoptó una forma épica en la *Iliada* y la *Odisea*, cantos en los que el caos de dos fuerzas, la de la naturaleza, con sus poderes brutales, y la de la guerra, en su más deliberada y perversa destructividad, podían ser enfrentadas y de las que era posible protegerse. La ciudad fue un refugio ante los dos peligros, siempre y cuando los seres humanos tuvieran un baluarte común que los detuviera de recrear el caos de esas fuerzas, que se conservaban en sus corazones.

En la descripción homérica de la danza en el escudo de Aquiles —argumenta Giesecke— “la humanidad colaboradora forma una barrera

* Traducción de José Manuel Orozco Garibay.

** Universidad de Dallas.

contra los elementos”.¹ Homero representaba la vida humana como necesitada de protegerse de los poderes inmensos de la naturaleza (incluyendo la guerra y la violencia humana), pues esos poderes mantenían en vilo los poderes humanos de la creatividad y la capacidad constructiva. En las escenas de la ciudad en guerra —con el enemigo intentando escalar sus muros— y de la ciudad en paz —con una denuncia por asesinato siendo escuchada y juzgada—, el escudo de Aquiles representa ese mensaje, fundando el ideal cívico “en la contención de peligrosos y tentadores impulsos del y en el mundo natural”.² En Homero, y continuando a través de la tradición griega, la ciudad existía más como un vínculo vital entre los seres humanos que como un mero arreglo físico o geográfico. Tucídides recuerda que el general ateniense Nicias dijo a sus hombres: “Los hombres hacen a las ciudades, no los muros o los barcos sin hombres en ellos”.³

Una visión muy diferente es expresada por el casi contemporáneo de Homero, Hesíodo, con su énfasis en la vida agraria y la necesidad de laborar en *Los trabajos y los días*, donde se ve el trabajo como el destino universal del hombre y como la fuente de todo bien. “Pues entre nosotros y las cosas excelentes los dioses han colocado el sudor”, escribe, y luego advierte: “Que tu preocupación sea ordenar tu trabajo apropiadamente, para que en la estación correcta tus graneros estén llenos. Mediante el trabajo, los hombres se hacen ricos en rebaños y, trabajando, los hombres se hacen más amados por los inmortales”. La justicia, regalo de los dioses a aquellos que trabajan para el bien, debe ser reverenciada por encima de todo: “Pero los que juzgan rectamente a los extranjeros y a los habitantes del lugar, y no se apartan de lo que es justo, su ciudad florece, y la gente prospera en ella”.⁴

¹ Annette Giesecke, *The epic city: Urbanism, utopia, and the garden in ancient Greece and Rome* (Washington, D. C.: Center for Hellenic Studies, 2007), p. 45. James Redfield examina una oposición similar en *Nature and culture in the Iliad: The tragedy of Hector* (Durham: Duke University Press, 1994).

² Giesecke, *The epic city*, 49.

³ Tucídides, *The landmark Thucydides*. Ed. por Robert B. Strassler, trad. por Richard Crawley (Nueva York: Free Press, 1996), 7.77.7.

⁴ Hesíodo, *Opera et dies, Hesiodi theogonia, Opera et dies, Scutum*. Ed. por Friedrich Solmsen (Oxford: Clarendon, 1970), 289-90, 306-9, 225-8.

En suma, dos guías terrenales emergen en la poesía griega temprana y están disponibles para todos. En Homero es la ciudad; no la ciudad física con sus beneficios materiales, sino la idea de la ciudad basada en un compromiso común entre los ciudadanos de sostener un orden seguro y bueno para todos. En Hesiodo es la virtud de trabajar en la naturaleza, la granja y el jardín, que enseña la dura lección de que todo lo que se desea implica sudor, y de que la riqueza es menos valiosa que reverenciar la justicia y el bien.

La ciudad romana que se expresa en la poesía de Virgilio se esboza sobre estas mismas fuentes en su obra, de la primera *Égloga* en adelante. Este poema temprano comienza con el lamento del pastor Melibeo cuando es desalojado de sus tierras a causa de las continuas guerras aniquiladoras en Italia, mientras su amigo Titiro permanece *lentus in umbra* (“a gusto bajo la sombra”), porque ha agradado al nuevo gobernante en Roma y se ha ganado sus favores. De hecho, él afirma que *deus nobis haec otia fecit* (“un Dios [el nuevo gobernante] diseñó esta paz para nosotros”); tal es el ilimitado poder del Estado sobre el campo. Melibeo, en contraste, se exilió lejos de su tierra con muchos lamentos: “¿Acaso alguna vez, dentro de varios años, veré de nuevo mis campos, desde mi humilde cabaña con su techo revestido de césped?”, seguido de, *en quo discordia civis / perduxit miseros* (¡Ve adónde nos ha conducido la discordia civil de ciudadanos infelices!).⁵ El dilema de si la vida del campo debe ser disfrutada o evitada por siempre recae en los que toman las decisiones en la ciudad, donde los destinos de los ciudadanos se negocian, y en lo que Titiro está en lo correcto: los que tienen poder son los dioses de los otros. Ya desde esta temprana obra de Virgilio se afirma la interdependencia entre el campo y la ciudad, e implícitamente, la necesidad de resistir el llamado de un poder abstracto con profundo amor por la propia campiña, cuyo recuerdo puede atemperar los deseos ilimitados de los generales. La ciudad, para prosperar, requiere la salud del campo, sin las fracturas de la guerra civil. Pero esto implica su opuesto recíproco: la salud del campo depende de que las facciones de la ciudad logren la paz.

⁵Virgilio, *Bucolica et Georgica*. Ed. por Silvia Ottaviano y Gian Biagio Conte (Boston: de Gruyter, 2013), 6, 71-2.

Virgilio prodiga alabanzas a su campo nativo en sus *Bucólicas* y sus *Geórgicas*, ambas como refugio del paisaje humano y como la humanización del paisaje mediante la agricultura. Como resultado, Virgilio no contrapone simplemente la ciudad y el campo, sino que los interconecta en una ecología de trabajo. Tomando el tema de Hesiodo, declara que es en los que trabajan la tierra en donde nace la virtud: “¡Oh, felices labradores! ¡Son tan felices que deberían llegar a conocer sus bendiciones!”⁶ Al permanecer “lejos del choque de las armas”, suya es “una vida que no conoce el fraude, sino que es de muchos modos rica en sus tesoros”. Son de hecho los guardianes de la justicia, puesto que “entre ellos, mientras ella abandonaba la tierra, / la Justicia plantó sus últimos pasos”.⁷

A aquellos que sostienen que la única felicidad verdadera consiste en el conocimiento de las causas de las cosas, Virgilio les dice: “afortunado es también aquél que conoce a los dioses del campo”. Estos dioses permanecen innombrados, pero inequívocamente solo hay un camino para conocerlos. No es simplemente la presencia física del campo lo que lo convierte en una influencia virtuosa en la polis. Es la limitación de nuestro capricho mediante la dura lección de trabajar la tierra.

Siguiendo esta premisa establecida por las *Geórgicas*, Virgilio describe en la *Eneida* la fundación de Roma, en las palabras de David Quint, como “un matrimonio de civilización urbana con las viejas virtudes del campesinado italiano”.⁸ Son estos polos en la poesía de Virgilio, tal y como aparecen en la *Eneida*, los que quisiera examinar brevemente antes de avanzar a tiempos y lugares más cercanos a los nuestros.

Virgilio escala al fundamento más alto de la épica para recuperar e intensificar la búsqueda homérica de una ciudad justa. La fundación de Roma es su tema, pero Roma en sí misma nunca es retratada, solo profetizada, soñada o aludida. Esto hace de Roma la primera ciudad invisible y convierte a Virgilio en el primer poeta que explora ampliamente las dimensiones de lo invisible en la imaginación colectiva. Usa lo fortuito del mito de Eneas en Italia que arriba de Troya no mucho

⁶ Virgilio, *Bucolica*..., 158.

⁷ *Ibid.*

⁸ David Quint, “The farmer as hero”, *New Republic*, 19 de marzo de 2006, <https://newrepublic.com/article/65359/the-farmer-hero>.

tiempo después del fin de la guerra, para ubicar esta fundación cerca de cuatrocientos años antes de la legendaria construcción de los primeros muros de la ciudad de Rómulo. En consecuencia, Roma ha sido constantemente imaginada: nunca está presente, nunca es real, sino que es algo por lo que siempre se lucha. Sirvió muy bien a Virgilio para recomendar a Octavio lo que debía guardar en la memoria, como el nuevo gobernante del que se esperaba la unificación de la capital del Imperio devastada por la guerra civil.

La frase “ciudades invisibles” tiene su propia magia, como sabía Italo Calvino al presentar su novela con ese nombre, una novela virtualmente sin trama, en prosa poética, que consiste en una sucesión de viñetas con variaciones del tema. Uno podría resumir el fundamento común de Virgilio y Calvino de esta manera: la gran ciudad estimula los sueños de la aún invisible satisfacción de nuestros deseos. Este eros es la clave de la ciudad invisible, que estimula a sus seguidores a tender siempre a una realización más grande de sí mismos, así como de su mutua convivencia. Calvino se detiene brevemente en cada una de sus cincuenta y cinco ciudades, lo suficiente apenas para exhibir el misterio de la atracción que ejerce cada una. En cambio, llegar a conocer a profundidad las causas por las cuales Roma induce mágicamente el deseo abarca toda la tarea de Virgilio.

La primera ciudad con este poder sobre el deseo no es Roma, sino Troya, la ciudad amada y el hogar de la gracia real. En la mente de Eneas, por supuesto, la memoria de su belleza y grandeza es inseparable de la memoria de su destrucción. En Cartago, Eneas declara a Dido que quisiera más que nada regresar a Troya, reconstruir su vida y renovar sus formas establecidas. El dolor de la pérdida inflama el recuerdo de Troya en su corazón. Pero junto con ese recuerdo parece que se da el conocimiento de lo que la pérdida está destinada a ser, pues la visión de que Venus ha permitido a los dioses destruir Troya también está grabada en su memoria. Como si fuera una prueba de su irreproducibilidad, en uno de sus viajes contempla la Troya que la aún enlutada Andrómaca ha construido como altar a su dolor: apenas una copia en miniatura, destinada a ser adorada pero no habitada (3.349-51). Troya está destinada a ser un estímulo para sus exiliados, pero de tal manera que no les

permite su reproducción. El mensaje es claro: cada creación humana no es una mera réplica, sino que debe ser algo nuevo y correspondiente a su tiempo y lugar. El dolor del pasado debe convertirse en las semillas del futuro. Esta imagen se reitera cuando Eneas, huyendo del amor de Dido, mira hacia atrás desde el mar y ve un resplandor ardiente en el horizonte donde está Cartago (5.1-7), flamas que consumen el corazón de ella, con quien Eneas había esperado ganar de nuevo la felicidad perdida en Troya.

La sombra inmortal del padre de Eneas, Anquises, quiere fervientemente dar a su hijo una visión tangible de lo que será Roma, lo que da oportunidad a Virgilio de ensayar los momentos estelares de la historia romana. Pero se produce una ironía en el intento, puesto que estas imágenes, al retratar el futuro, no tienen sentido para Eneas sino de modo general y vago. Roma permanece invisible para él, aunque como idea cobra importancia y urgencia.

La presencia de Roma como ciudad invisible ocurre una vez más durante la visita de Eneas a Evandro en busca de aliados en la guerra rotuliana. Mientras conversa con el rey arcadiano, Eneas camina por un pastizal de vacas que, sin saberlo, es el lugar donde se levantará el Foro de Roma y el distrito patricio de las Carinas (*Carinae*). Virgilio proyecta el futuro y luego vuelve al presente de Eneas para explicar el poder del lugar: “el Capitolio, todo de oro ahora, pero entonces hecho de maderas espinosas entreveradas. Incluso entonces el temor religioso del lugar ominoso aterrorizaba a los rústicos, incluso entonces temblaban ante ese pavoroso bosque y pedregal. Este bosque frondoso, que corona la cima de la colina, es el asiento favorito de algún gran dios” (8.347-52).

La única cosa visible en torno al centro del poder romano es que es un bosque de árboles en donde se piensa y se siente que reside un dios desconocido. Esta escena une la invisibilidad de la ciudad buscada y la reverencia hecha a la tierra que es raíz de la ciudad y la vincula a lo divino. Mientras tanto, Evandro lo alecciona sobre cómo debe ser el líder de esta tierra sagrada: *aude, hospes, contemnere opes*: “Atrévete, oh invitado, a desdeñar las riquezas”, comienza, y continúa: “y hazte merecedor de seguir a un dios. Ven a nuestra frugal bienvenida no sin esperanza” (8.364-5).

En pocas palabras, la poesía de Virgilio combina estas dos visiones de la ciudad y del campo y la relación entre ellas, que he venido trazando. Estas visiones legan su sabiduría a las culturas que surgen de Grecia y Roma. Tanto el mundo hispano como el anglosajón en el hemisferio occidental mantuvieron el énfasis en la ciudad como hogar de la civilización. Si bien Hispanoamérica idealizó frecuentemente la autosuficiencia de la ciudad, tanto como para llegar a considerar al campo hogar de una peligrosa ausencia de ley, los Estados Unidos retuvieron más la asociación de la vida del campo y la agricultura con la virtud.

A partir de las descripciones de la plantación de Plymouth en Massachusetts y de la Virginia colonial, a través de la ficción moderna y la poesía, ha persistido un retrato de la autenticidad del campo y de la vida de pueblo en las obras de los autores estadounidenses, acompañada por una ambivalencia respecto de las libertades supuestamente ofrecidas por la ciudad. Los John Bull, los yanquis y los rebeldes han compartido cierta suspicacia respecto de la ciudad, y conservaron en el corazón la imagen de una vida agrícola pacífica, así como un amor vivo por la granja rural, incluso cuando las ciudades crecieron. Estos protestantes angloparlantes agregaron el desdén del Antiguo Testamento por las babilonias y las ciudades de las planicies, creyendo que eran santuarios de autoadoración, debilidad e impiedad. La cepa clásica de las *Geórgicas* no se perdió. El lema del estado de Oklahoma, por ejemplo, es “Labor omnia vincit”, cambiando apenas la segunda línea de las *Geórgicas*. Thomas Jefferson defendió en un famoso pasaje la vida agraria basada en la economía agrícola planteada en las *Geórgicas* 2:

Aquellos que trabajan la tierra son los elegidos de Dios, si acaso Dios tuvo elegidos, cuyo cuerpo creó como Su propio depósito de genuina y sustancial virtud. Son el lugar en el que Él mantiene vivo el fuego sagrado, que de otro modo se esfumaría de la faz de la Tierra.⁹

De hecho, Estados Unidos, hijo de la Ilustración, (no importa de qué Ilustración: francesa, inglesa o escocesa), tuvo que esperar la llegada del romanticismo a sus costas para comenzar su primer auge, que

⁹Thomas Jefferson, *Notes on the State of Virginia*. Ed. por William Peden (Nueva York: Norton, 1972), 164-5.

ha sido llamado el Renacimiento estadounidense de Emerson, Thoreau, Hawthorne, Melville y Whitman. Gracias a la guía intelectual de Emerson, las asociaciones románticas en pro de la naturaleza virgen del campo se hicieron cargo de los bosques de Nueva Inglaterra. La prosa en su ensayo seminal *Naturaleza* es con frecuencia extática:

Las estrellas despiertan cierta reverencia pues, aunque siempre están presentes, son inaccesibles; sin embargo, todos los objetos naturales causan una impresión similar cuando la mente está abierta a su influencia. La naturaleza nunca tiene apariencia mezquina.¹⁰

Se puede ver aquí que Emerson trata de dotar a la naturaleza de esa invisibilidad que Virgilio había asociado con la ciudad.

Encontramos una visión más compleja del campo y la ciudad en la notable historia *Mi pariente, el mayor Molineux*, de Hawthorne, que retrata el viejo Massachusetts rural que poseía las virtudes de amor a la familia y a Dios, de la autosuficiencia y la frugalidad, si bien está implícito que todas esas virtudes comenzaban a desaparecer. Son virtudes que solamente existen en los sueños y se les recuerda con nostalgia; o son demasiado rígidas para ayudar a confrontar los retos de la ciudad. Por otro lado, la ciudad se asocia con la llegada de la plena autoconciencia y el avance de la historia, pero también con la pérdida de la razón y el inicio de una desorientación delirante que amenaza con sofocar esa naciente conciencia.

Les tocó a los grandes escritores de ficción traer a la vida a la ciudad en el Renacimiento norteamericano. Hawthorne mezcló con frecuencia los escenarios de campo y ciudad, y Herman Melville escribió quizá la primera historia del siglo XIX sobre la alienación que produce la urbanización moderna en *Bartleby el escribiente*. Más o menos por la misma época, Walt Whitman descubrió lo sublime de la ciudad en su poema *Cruzando en el ferry de Brooklyn*, una oda temprana que actualiza y extiende el soneto de Wordsworth dedicado a Londres, *Compuento en el puente de Westminster*. Whitman culmina su oda con estos versos: “Prosperen ciudades, traigan sus cargas, traigan sus espectáculos,

¹⁰ Ralph Waldo Emerson, *Collected works of Ralph Waldo Emerson*. Ed. por Alfred R. Ferguson (Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1971), vol. 1, p. 9.

sus ríos anchos y capaces / Crezcan y sean aquello que es más espiritual.”¹¹ El “sean” del segundo verso puede referirse a la ciudad o a la humanidad que, ya en la época de Whitman, se reunía en Nueva York en cantidad e intensidad sin precedentes.

De todos modos, se debe reconocer que muchos destacados escritores estadounidenses del siglo XX consagraron su atención al campo o a pequeños pueblos a expensas de la ciudad, empezando por William Faulkner y la mayoría de los autores sureños. Estados Unidos ha dado muchos escritores que comparten un interés por la ciudad, pero con la excepción de T. S. Eliot, preeminente en su momento, ninguno ha sido acogido universalmente. Lo interesante de la historia es la revolución en la escritura afroestadounidense, en la cual el canon del modernismo, encabezado por Langston Hughes y Ralph Ellison, se centró en la ciudad, siguiendo la lógica de la Gran Migración: la ciudad fue el camino para que la familia negra escapara de la opresión del campo. Más tarde, esta lógica fue contradicha por escritoras afroestadounidenses y por el movimiento mujerista, que ya con Zora Neale Hurston puso sus bases en el campo, y continuó con Toni Morrison, Lucille Clifton y Alice Walker. Morrison escribió una maravillosa novela que habla del movimiento del campo a la ciudad, *Jazz*; sin embargo, en su mayoría, los escritores estadounidenses han abrazado el campo (Frost y Faulkner), o pequeños pueblos (no solo Winedburg, Ohio, en la obra de Anderson o Baton Rouge, Luisiana, en Robert Penn Warren, sino los pequeños pueblos de los poetas, comenzando tal vez con Amherst, Massachusetts, en Emily Dickinson, además de Hartford, Connecticut, en Stevens, Paterson, Nueva Jersey, en Williams, y Gloucester, Massachusetts, en Olson), rindiendo homenaje al robusto individualismo estadounidense y, con menor frecuencia fuera del Sur, al comunitarismo que lucha contra la soledad y premia la vida lejos de la metrópoli.

Richard Morse observa con agudeza que la preferencia por las comunidades pequeñas sobre las grandes ciudades es un rasgo particularmente protestante, al menos de las sectas que fueron fundamentales para el

¹¹ Walt Whitman, “Crossing Brooklyn ferry”, en *Collected writings*. Vol. 4., *Leaves of grass*. Ed. por H. W. Blodgett y Sculley Bradley (Nueva York: New York University Press, 1961), 23-24.

establecimiento inicial de lo que se convirtió en Estados Unidos.¹² Además, afirma que “como una rama de la Europa ibérica católica posmedieval que nunca sufrió la Reforma protestante”, la América española y su escritura se han caracterizado desde el principio por el énfasis en la gran ciudad, tanto real como imaginaria. Aunque no sin excepción, esta generalización es una guía útil para entender la imaginación latinoamericana. Junto con la concentración urbana, se descubre también la tendencia a ver la vida lejos de la ciudad, ya sea en una granja o plantación o en un pueblo pequeño, como sin un interés positivo inherente. La vida en el campo ha servido más bien para proporcionar ejemplos de la privación a la que se reduce la vida no urbana.

Este énfasis urbano también se ha asociado con Brasil, e incluso el Caribe, que no fue colonizado completamente por católicos, ha sido señalado por la crítica por sus insistentes referencias y representaciones de ciudades visionarias o simbólicas como fuente importante de sus características culturales y literarias.¹³ Con todo, mucho más rica en ejemplos es Hispanoamérica, particularmente México y Argentina, que han puesto el énfasis en lo urbano durante largo tiempo.

El texto hispano más antiguo sobre México se caracteriza por un enfoque visionario de la ciudad, presente desde el primer contacto de Cortés y sus hombres con Tenochtitlán, y que continúa durante el periodo colonial. Los españoles se encontraron con una capital legendaria que era más grande, más limpia, mejor ordenada y (junto con su ciudad hermana de Tlatelolco) que poseía una plaza central más grande e impresionante que la de cualquier ciudad en Europa. Estas imágenes cayeron en suelo fértil en la mente de los invasores de México, soldados que habían sido educados en una cultura en la que el hombre es un *zoon politikón*, un animal político. En un contraste sorprendente respecto del georgicismo rural de los primeros escritores estadounidenses, el gran poema de Bernardo de Balbuena, *Grandeza mexicana* (1604), imita explícitamente las

¹² Richard Morse, “The heritage of Latin America”, en *The founding of new Societies*. Ed. por Louis Hartz (Nueva York, 1964), 126-27. Véase: Bainard Cowan, “Líneas de derivación en Occidente: de la tradición a las Américas”, *Estudios* 116 (2016): 15-30.

¹³ Véase: Elizabeth Lowe, *The city in Brazilian literature* (Rutherford, N. J.: Fairleigh Dickinson University Press, 1982), y Christopher Winks, *Symbolic cities in Caribbean literature* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2009).

Geórgicas de Virgilio, pero adapta su entorno rural a un contexto urbano en alabanza a la capital de México.¹⁴

El énfasis urbano mexicano se encuentra también en la primera novela escrita en Latinoamérica, *El Periquillo Sarniento* (1816), de José Joaquín Fernández de Lizardi. Todavía poseída del carácter desenvuelto de las novelas inglesas y europeas del siglo XVIII, esta novela cómica también representa características nacionales de México. Aquí, el país de Arcadia es pintado como un infierno, centrado en una gavilla de bandidos a la que el héroe se une. Un crítico observa que “el bandidaje, para Lizardi, es la imagen de una sociedad organizada y reglamentada desde abajo, *ex nihilo*, sin los principios que descansan en el origen mismo de la constitución de un Estado”.¹⁵ Difícilmente puede imaginarse un punto de vista más opuesto a la postura de Virgilio, para quien el campo es el origen de la virtud humana que con más frecuencia refresca la ciudad.

La más profunda polarización entre el campo y la ciudad ha tenido lugar en Argentina, como el medio elegido de discurso explícito sobre cuál será el futuro del campo. Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), estadista y presidente del país, así como miembro de la generación del 37, el primer grupo de intelectuales locales, llevó la polarización entre civilización y barbarie a nivel nacional. Su mayor obra, *Facundo* (1845), habla de la vida de Juan Facundo Quiroga (un gaucho que aterrorizó la provincia de Argentina entre los años de 1820 y 1830) como punto central para denunciar la unidad de dos clases de barbarie —el desprecio del gaucho por las formas de la cultura y el caudillo dotado de un poder autocrático brutal—, que crearon un patrón político repetitivo y una tendencia cultural que, de acuerdo con Sarmiento, amenazaba con destruir Argentina. Facundo y, a través de él, el tirano Juan Manuel de Rosas, alcanzaron el poder habiendo comenzado su vida en el campo, y sirven como ejemplos de lo que esta amenaza a la propia naturaleza del campo argentino, que Sarmiento contrasta severamente con la influencia civilizatoria

¹⁴Rodrigo Cacho Casal, “Balbuena’s *Grandeza mexicana* y la América geórgica”, *Colonial Latin American Review* 24 (2015): 190-214.

¹⁵Juan Pablo Davobe, *Nightmares of the lettered city: Banditry and literature in Latin America 1816-1929* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2007), 51.

de la ciudad. Pensando en el gran futuro que aguarda a Argentina si abraza la influencia cívico-civilizatoria y favorece la inmigración europea, Sarmiento crea una de las imágenes literarias más influyentes de la ciudad invisible. Su advertencia demostró ser profética respecto de los regímenes que habría en Argentina.

El siglo XX, lleno de problemas políticos, económicos y de derechos humanos, también vio el despertar de un modernismo distintivo desarrollado por autores de importancia mundial: Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Ernesto Sábato y otros. Sus transformaciones de los temas del campo y la ciudad son de gran interés, pero su exploración requeriría un examen más profundo. Para captar el sentido de adaptación de la noción de ciudad invisible al inicio de la era tecnológica en la que vivimos, será suficiente que mencionemos la aclamada novela de Ricardo Piglia, *La ciudad ausente*. Ahí, el protagonista intenta localizar una máquina secreta que contiene la mente y la memoria de una mujer llamada Elena. Como la máquina Elena produce historias que reflejan sucesos recientes en Argentina, la policía quiere destruirla, porque revela con textos y cintas de audio atrocidades ocultas. El libro retrata la carrera para recuperar la historia y la memoria de una ciudad y un país donde la historia ha sido obliterada por la política de la represión. Es una novela corta, y sin embargo, se las arregla para describir un mundo extremadamente complejo, diferente al mundo real (dentro del mundo semiverdadero aparece un Buenos Aires muy real), y sostener un diálogo intertextual igualmente complejo con otras obras literarias y otros autores, muchos de ellos argentinos.

En una conversación en 1999 con su traductor Sergio Waisman, Piglia confirma con más elocuencia que yo lo que he tratado de decir en mi discurso en torno a la ciudad invisible:

Yo siempre digo en broma que hay dos funciones de la ciudad de Buenos Aires [...] Una es la de Sarmiento, Mármol de *Amalia*, y Echeverría de *El Matadero*, que son como el momento de origen de la literatura argentina, que es: la ciudad de Buenos Aires ha sido ocupada por la barbarie y entonces la ciudad [verdadera] no es esa ciudad, presente, bárbara, sino es una ciudad futura, ausente, próxima, por construir, que en realidad es una ciudad extranjera. Hay una tensión entre una ciudad real —que es una

ciudad negada, negativa, una ciudad invadida, un oxímoron: es una ciudad bárbara— y la que se le contrapone: una ciudad imaginaria, futura, que en verdad es una ciudad extranjera.¹⁶

Waisman intercala estos comentarios en su lectura de la novela que tradujo, y observa:

Pero en *La ciudad ausente* de Piglia de 1992, surge nuevamente la tensión entre las dos fundaciones de Buenos Aires y ahora lo que podríamos llamar la verdadera Buenos Aires —la del potencial literario, la que cruza a lo utópico con lo real histórico y político— se ausenta, se desplaza, [...] “goes underground”. [...] A principios de los ‘90 Buenos Aires parece haber sido nuevamente invadida, pero esta vez [...] no por la barbarie americana [...], sino por el estado y el mercado, por la herencia de la última dictadura militar y de los desaparecidos, y por [...] los simulacros de un neoliberalismo global.¹⁷

La novela de Piglia demuestra la versatilidad del tropo de la ciudad invisible en el diagnóstico de la época en la que vivimos. Especialmente en una época de tecnofilia y neomanía (la precipitación enloquecida por lo nuevo), en una era de fragmentación de los vínculos sociales, el pasado evanescente puede ser mucho más importante en el presente que el sueño del futuro: puede ser la única fuente en la que aún podemos sentir, no solo nuestra ciudadanía común, sino nuestra humanidad común. Aquí de nuevo la herencia aristotélica de Hispanoamérica se deja entrever: incluso cuando la ciudad real es alejada de su verdadera naturaleza, el comunitarismo esencial de la mente latinoamericana adquiere la forma intuitiva de una ciudad ficticia. Los imaginarios de la ciudad y el campo angloamericanos e hispanoamericanos no se oponen en realidad, al menos si se le mira conforme a su *telos*, que es proporcionar visiones frescas de la comunidad y encender de nuevo el deseo por ella.

Morse compara los dos imaginarios políticos de este modo: “Una civilización protestante puede desplegar su energía inagotable en tierras salvajes, como hizo Estados Unidos. Una civilización católica se estanca

¹⁶ Sergio Waisman, “De la ciudad futura a la ciudad ausente”, *CiberLetras* 9 (2003), <http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v09/waisman.html>.

¹⁷ *Ibid.*

cuando no está en contacto vital con las diversas tribus y culturas de la humanidad”.¹⁸ Proceso contra totalidad: este comentario parece resumir los dos acercamientos hemisféricos a la imaginación y creación de la comunidad, y explica por qué el ferrocarril, que es un icono del mundo estadounidense, resuena menos en Sudamérica. Puede ser celebrado por un Whitman o un Dickinson, pero en *Cien años de soledad* se retrata memorablemente como la irrupción de un suceso anómalo en el Macondo soñoliento. Más aún, el comentario de Morse, publicado en 1964, parece predecir la premisa general —y última frase— de la novela clásica de García Márquez: “porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra”.¹⁹

Una observación final sobre la ciudad, la enraizada y la invisible. Aunque parecen dos nociones opuestas —la concretísima, aquí y ahora, real, limitada y disciplinada, frente a la muy etérea, elusiva, siempre en retirada mientras provoca nuestro deseo—, en realidad son los dos lados de lo que hace que la vida sea vivible. ¿Qué de bueno tiene el sueño de una vida más noble y libre en la ciudad sin autodisciplina y trabajo? ¿Dónde está el valor de la vida del campo sin los sueños que nacen de las virtudes afianzadas allí? ¿Qué tan real es la universalidad de uno sin la localidad del otro? Los dos impulsos operan juntos como un mecanismo de ajuste para dirigir a la gente hacia actividades armoniosas que la mantengan alejada de sus peores tendencias y para darle lo que Aristóteles llamó *eudaimonia*, literalmente “bienestar de espíritu”. Virgilio dio vida a estas dos tendencias en el enfrentamiento entre la Roma ideal de Júpiter, regida por leyes, y el pueblo real de Juno, indisciplinado, apasionado y feroz. La *Eneida* se sostiene en su perpetua disputa y discordancia, y Roma se hace posible al final por su pacífico acuerdo. Quizá las Américas nunca lleguen a cumplir su promesa si no logran, de alguna manera, acoplarse pacíficamente. Mientras tanto, sus literaturas, con sus visiones distintivas, ya han trazado los ejes horizontal y vertical de la comunidad humana.

¹⁸ Morse, “The heritage of Latin America”, 177.

¹⁹ García Márquez, *Cien años de soledad* (Madrid: Espasa Calpe, 1993), 448.